

Novela clásica china

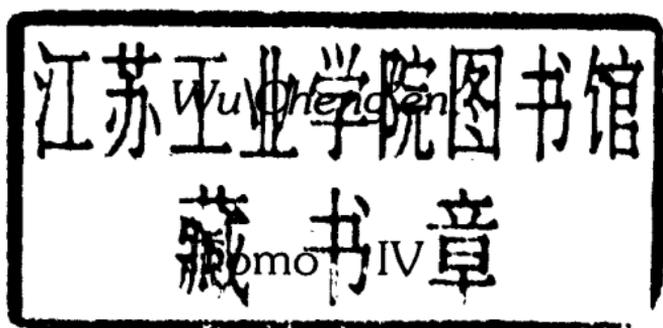
PEREGRINACION AL OESTE IV

Wu Cheng'en



EDICIONES EN LENGUAS EXTRANJERAS BEIJING CHINA

PEREGRINACION AL OESTE



EDICIONES EN LENGUAS EXTRANJERAS
BEIJING

Traducido por María Lecea y
Carlos Trigos Sánchez

Página www:

<http://www.flp.com.cn>

E-mail:

info@flp.com.cn

sales@flp.com.cn

Primera edición 2005

ISBN 7-119-01129-4

Copyright 2005

EDICIONES EN LENGUAS EXTRANJERAS

Publicación:

Ediciones en Lenguas Extranjeras
Baiwanzhuang Dajie N.º 24, Beijing
Zona postal 100037

Distribuidor:

Corporación China de Comercio
Internacional del Libro
Chegongzhuang Xilu N.º 35
Apartado postal 399, Beijing
Zona postal 100044

Impreso en la República Popular China

SEMBLANZA DEL AUTOR

Wu Cheng'en (1500-1582 aproximadamente), oriundo de Shanyang (hoy Huai'an, en la provincia de Jiangsu), fue un novelista de la dinastía Ming (1368-1644) y se le conocía también con los nombres de Ruzhong y Hombre de la Montaña Sheyang. Desde pequeño se interesó en la lectura de los cuentos mitológicos. Fracasó en varios exámenes imperiales. Durante el reinado de Jia Jing (1522-1566), recibió el título de licenciado superior. A finales de este reinado y comienzos del subsiguiente reinado de Long Qing (1567-1572), fue asistente del jefe del distrito de Changxing, provincia de Zhejiang. Debido a la difícil vida de funcionario, decidió abandonar la carrera oficial en su vejez para consagrarse a la escritura. Entonces dio a conocer la *Peregrinación al Oeste*. Sus poemas y ensayos, de estilo fresco y elegante, reflejan su descontento por la realidad social. En la actualidad, de él se conservan esta famosa novela mitológica y los *Escritos del señor Sheyang*.

CAPITULO LXXVI

**Cuando el espíritu del Alma permanece
en el vientre del diablo los demonios sucumben;
La Madre de la Madera ayuda a convertir a los demonios**

Decíamos que Sun Wukong le hizo las mil al viejo demonio, metido en su vientre, hasta que el desdichado se desplomó en el suelo sin aliento. Como no volvió a hablar, Sun Wukong creía que estaba muerto y dejó de golpearlo. Cuando recuperó el aliento, empezó a llamar:

—¡Misericordioso y compasivo bodhisattva, Gran Sabio, Par del Cielo!

El Gran Sabio lo interrumpió.

—¡Sé más breve, hijito! No pierdas el tiempo en vano con nombres tan largos. Llámame simplemente abuelito Sun.

Al diablo le apenaba perder la vida y estaba dispuesto a todo.

—¡Abuelo! ¡Abuelito!—vociferaba—. Mi culpa es grande. Por ser estúpido te he tragado y ahora debo pagarlo con la vida. Confío por entero en tu bondad y tu compasión. Apíadate de mí; yo, como cada insecto y cada bichito, quiero vivir. Te prometo que haré cruzar la montaña a tu maestro.

Sun Wukong nunca perdonaba a los enemigos, mas por el Monje Tang estaba dispuesto a todo. Las súplicas del viejo demonio y sus respetuosas apelaciones le hicieron recordar a Sun Wukong que había prometido hacer el bien.

—Bueno, que así sea—dijo—. Te perdonaré por esta vez, pero dime: ¿Cómo piensas hacer cruzar a mi maestro la montaña?

El viejo diablo respondió:

—Aquí no tengo oro ni plata, perlas ni esmeraldas, ágata ni corales, esmaltes ni ámbar, ni nácar, en una palabra, ningunos tesoros. En cambio, mis dos hermanos y yo transportaremos a tu maestro nosotros mismos, en un palanquín de lianas, a través de estas escarpadas montañas. Eso es lo que puedo prometerte.

Sun Wukong se alegró.

—Bueno, transportarle en un palanquín vale más que todas las joyas. Acepto. Abre bien la boca, que voy a salir.

Ya se disponía el diablo a abrir sus enormes fauces cuando se le acercó el tercer jefe demonio y dijo en voz baja:

—Cuando lo tengas en los dientes, másticalo bien y trágalo de nuevo. Entonces no podrá causarte ningún daño.

Sun Wukong lo oyó todo y, antes de salir, puso de pie su bastón. El diablo apretó los dientes con todas sus fuerzas. Resonó un crujido y uno de los incisivos del demonio quedó hecho trizas. Retirando su bastón, Sun Wukong gritó:

—¡Pues bueno eres! Te perdono, me dispongo a salir y tú, ¿qué? ¿Querías masticarme para que perdiera la vida? ¡Ahora ya no salgo! ¡No saldré hasta que te destrozce vivo!

El viejo diablo se quejó del tercer jefe demonio.

—¡Hermano! ¡Lo que has hecho ha perjudicado a los tuyos! Lo había convencido de que saliera pero tú me has incitado a masticarlo. Ahora él ha quedado sano y salvo, y a mí me duele la encía. ¿Qué haremos?

Ante los reproches del viejo demonio, el tercer jefe demonio recurrió al método de buscarle a uno las cosquillas.

—¡Sun Wukong!—gritó—. ¡Tienes una reputación muy grande! Dicen que mostraste tu arrojo en la Puerta

Sur del Cielo y en la Sala de la Neblina Milagrosa. He oído decir que has exterminado diablos y malos espíritus a lo largo del camino al Oeste. Mas ahora veo que no eres sino un insignificante y mísero mono.

—¿Por qué lo piensas?—le interrumpió Sun Wukong.

—¿Sabes el refrán: “Si un hombre valiente camina errante por el mundo mil *li*, su fama se extiende en diez mil *li*”?—respondió el tercer jefe demonio—. ¡Sal! Pelearé contigo y entonces serás un bravo. ¿Qué es eso de meterse en un vientre ajeno y hacer toda clase de jugarretas indignas?

Cuando Sun Wukong oyó eso, pensó: “Tiene razón, muchísima razón. Nada me costaría romperle los intestinos a este diablo, arrancarle el hígado y atormentarlo hasta la muerte, pero con ello sólo mancharía mi buen nombre . . . ¡Bueno, hagamos como dice!” Y gritó con fuerte voz:

—¡Abre bien la boca! Voy a salir y pelearé contigo. Pero ve primero a un lugar espacioso, que aquí en la cueva no hay sitio y no puedo manejar a gusto mi bastón.

El tercer jefe demonio, al oír estas palabras, reunió a todos los demonios grandes y pequeños y los colocó en orden de batalla. Se juntaron unos treinta mil. Todos estaban muy bien armados. Fuera de la cueva se dispusieron en orden de batalla que simbolizaba el cielo, la tierra y el hombre, junto a la entrada, dispuestos a batirse con Sun Wukong.

El segundo jefe demonio cogió al viejo demonio del brazo, lo sacó fuera de las puertas y gritó:

—¡Eh, Sun Wukong, sal! ¡Estamos en el campo de batalla, aquí hay espacio para moverse!

Sun Wukong oía claramente el grajear de los cuervos, el crascitar de las urracas, el gruír de las grullas y el ruido del viento; eso le convenció de que el diablo se hallaba

en verdad a campo raso. Mas quedó pensativo unos instantes: "Si no salgo me cubriré de oprobio ante ellos. Pero estos diablos son pérfidos: me habían prometido acompañar a mi maestro a través de las montañas, me habían persuadido de que debía salir y por poco me quitan la vida. Ahora seguramente tienen formada a toda su tropa contra mí. ¡Bueno, sea lo que sea! Satisfaré a ambas partes. ¡Saldré! Pero debo dejar mi raicilla en la panza de este diablo."

Se arrancó rápido un pelito de su rabo, sopló en él y pronunció: "¡Transfórmate!" El pelito se convirtió al punto en un hilo de más de cuarenta *zhang* de longitud. El hilo poseía una cualidad asombrosa: En el aire él solo se engrandecía. Sun Wukong ató un extremo de este hilo al corazón y al hígado del diablo, pero sin apretar para que no le causase dolor al monstruo, sin embargo, bastaba con tirar del otro extremo y el nudo se apretaría y produciría un dolor insoportable. Sun Wukong pensó: "Si aceptan hacer cruzar a mi maestro las montañas, los perdonaré. Si de nuevo cogen las armas, no perderé el tiempo en pelear con ellos, tiraré de este hilo y se acabó."

Sun Wukong disminuyó de tamaño y se dispuso a salir. Al llegar a la garganta vio las fauces cuadradas del monstruo muy abiertas, con los colmillos e incisivos agudos como cuchillas afiladas.

"¡Mal asunto!" pensó. "Si salgo por la boca, el hilo irá tras de mí y cuando el diablo sienta dolor, apretará los dientes y quebrará el hilo. Tengo que salir por otro sitio donde no haya dientes".

El magnífico Gran Sabio, liando el hilo en un ovillo, pasó por la garganta, penetró en la nariz y se arrastró hasta las ventanas de ésta. El diablo sintió unas cosquillas insoportables y estornudó con tal fuerza que Sun Wukong salió al exterior como una bala.

Al hallarse en libertad, se estiró y alcanzó una altura de tres *zhang*. En una mano sostenía el extremo del hilo,

y en la otra su bastón.

Sin pensar en las consecuencias, el viejo demonio, en cuanto vio a Sun Wukong, alzó sobre su cabeza el alfanje de acero. Mas el Gran Sabio paró el golpe. Entonces se arrojó sobre él el segundo jefe diablo con una lanza, y el tercero con una alabarda. Sun Wukong escondió su bastón, soltó el hilo, saltó a una nube y se alejó. Para no caer dentro del cerco de los demoniejos, que le habrían impedido actuar, escapó del campamento enemigo y se elevó hasta una cumbre de la montaña, espaciosa y solitaria. Allí bajó con la nube y con ambas manos tiró del hilo con todas sus fuerzas. ¡Entonces un dolor agudísimo traspasó al viejo demonio hasta el corazón! Al momento saltó a lo alto en agonía, mientras el Gran Sabio tiraba de nuevo del hilo. El tropel de diablos que observaban desde lejos lo que sucedía, gritaron a coro:

—¡Gran rey, no lo irritéis! ¡Que se vaya de aquí! El mono no hace las cosas de acuerdo con la temporada. Está manteniendo una cometa en el aire antes del comienzo de abril.

Sun Wukong, al oír esos gritos, tiró aún con más fuerza. El viejo diablo empezó a dar vueltas en el aire como un huso y, con un silbido, cayó a tierra con tal fuerza que en la arcilla reseca al pie de la montaña, en el lugar de su caída se abrió un hoyo de una profundidad de más de dos *chi*.

El segundo jefe demonio y el tercer jefe, asustados, descendieron con sus nubes, se lanzaron a agarrar el hilo y, puestos de rodillas, clamaron:

—¡Oh, Gran Sabio! Hemos oído que eres un inmortal, cuya magnanimidad es inmensa como el mar, pero, ¿quién iba a suponer que serías tan mezquino, con unas entrañas de rata o de caracol? Te hemos desafiado honradamente y tú has atado a nuestro hermano el corazón con semejante hilo.

Sun Wukong rió.

—¡Qué canallas sois!—gritó—. ¿No habéis sido los primeros en intentar atraerme con engaño para masti-
carme hasta matarme, y ahora habéis formado contra mí
a todas vuestras huestes? ¿Es honrado llamar a uno al
combate contra decenas de miles? ¡Voy a tirar de él y
llevarlo adonde está mi maestro! ¡Ahora mismo!

Los diablos se prosternaron y dieron con la frente en
el suelo todos a la vez.

—¡Gran Sabio, apiádate y perdónanos!—suplicaban
—. ¡Ten compasión de nosotros! Te prometemos hacer
cruzar las montañas al venerable maestro.

Sun Wukong les respondió riendo:

—¿No quieres perder la vida? Toma una espada,
corta el hilo y se acabó.

El viejo diablo gimió.

—¡Abuelito! Por fuera puede cortarse, pero, ¿cómo
desatarlo del corazón? ¿Cómo librarme de las náuseas
que me produce al rozarme todo el tiempo la garganta?

—Entonces, abre tus fauces: Me meteré dentro y
desataré el hilo—dijo Sun Wukong.

El viejo demonio se asustó.

—¡Si entras, no querrás salir otra vez!—dijo—. ¡Me
hallaré en grave aprieto!

—Bueno, sé cómo desanudar desde fuera los lazos
interiores—declaró Sun Wukong—. Que así sea; desataré
el hilo, pero con la condición de que realmente pases al
otro lado a mi maestro. ¿Lo prometes?

—En cuanto lo desates, lo pasaré— dijo el diablo—.
No me atreveré a engañarte más.

Cerciorado de que la promesa era cierta, el Gran
Sabio se sacudió con todo su cuerpo y volvió a colocar
en su sitio el pelito. Al demonio se le quitó inmediata-
mente el dolor del corazón. Este era un método de
transformación oculta que poseía Sun Wukong. Es el que
le había permitido atar el pelo al corazón del demonio.

Los tres diablos se pusieron en fila ante Sun Wukong

y le dieron las gracias.

—Gran Sabio—decían—, te rogamos que vuelvas donde tu maestro y le adviertas de que vamos a hacerle cruzar la montaña. Preparad vuestro equipaje, que nosotros vamos por el palanquín.

Todos los demonios recogieron las armas y volvieron a la cueva.

El Gran Sabio rodeó la montaña por el Este y vio de lejos al Monje Tang que se revolcaba por el suelo de pena y lloraba a lágrima viva. Zhu Bajie y el Monje Sha entre tanto se repartían los bártulos.

Sun Wukong suspiró calladamente.

“Está claro,” pensó. “Bajie ha contado seguramente al maestro que el demonio me ha devorado. El maestro llora mi pérdida y el Bobo se dedica a repartir los bártulos para marcharse adonde a cada cual se le antoje. ¡Ah! No estoy seguro. Voy a llamar al maestro”. Gritó:

—¡Maestro!

El Monje Sha lo oyó y empezó a reprochar a Zhu Bajie:

—No en balde se dice: “El catafalco no augura nada bueno.” Nuestro hermano mayor está vivito y coleando, y tú has venido con el cuento de que el diablo lo había devorado, y eso para realizar tus sucios planes. ¡Mira! ¿No viene por ahí?

—Pues yo he visto con mis propios ojos cómo el diablo se lo tragaba—repuso Zhu Bajie—. Creo que hoy no es un día fasto y se nos aparece su alma.

Sun Wukong se acercó más y, alzando la mano, le dio un bofetón. Zhu Bajie se tambaleó.

—¡Oh, cretino!—exclamó el Gran Sabio—. ¿Conque según tú no soy yo, sino mi fantasma?

Restregándose la cara, Zhu Bajie trató de justificarse:

—Hermano, si te había tragado el diablo, ¿cómo es que has revivido?

—¡Menudo grano eres! ¡No sirves para nada!—res-

pondió Sun Wukong—. Cuando me tragó, me agarré en seguida a sus tripas, empecé a estrujarle los pulmones y además pasé un hilo por su corazón y empecé a tirar de él tanto que del dolor por poco revienta. Los demonios se prosternaron ante mí suplicando que lo perdonara. Al fin, así lo hice. Ahora van a traer aquí un palanquín y harán cruzar a nuestro maestro la montaña.

El Monje Tang, al oír ese relato, se puso en pie al momento y se inclinó profundamente ante Sun Wukong.

—¡Oh, discípulo mío!—exclamó—. De nuevo has encontrado enormes dificultades por mi causa. Si hubiera creído las palabras de Wuneng ya no estaría entre los vivos.

Sun Wukong agitando los puños se lanzó sobre Zhu Bajie, le dio de puñetazos y le reprendió.

—¡Gran estúpido, relleno de salvado! ¡Poltrón! ¿Qué tienes de humano?

Luego, dirigiéndose al Monje Tang, dijo:

—No os enojéis, maestro, ahora vendrán aquí los demonios y os llevarán al otro lado de la montaña.

El Monje Sha sintió vergüenza de haber escuchado a Zhu Bajie. Para ocultar su confusión se puso a recoger los efectos, colocó el bocado al caballo y lo ensilló. Los cuatro salieron al camino y esperaron que trajeran el palanquín.

Allí los dejaremos por ahora.

Ocupémonos de los tres jefes diablos que se dirigían a la cueva con sus huestes de demonios.

—¡Hermano!—dijo el segundo jefe diablo al mayor—. Creía, como suele decirse, que Sun Wukong tenía “nueve cabezas y ocho rabos” y resulta que es un mono pequeño. No tenías que habértelo tragado. De ninguna forma te habría vencido; ni a mí, si hubiéramos combatido con él. Lo habríamos ahogado con los escupidos de nuestras decenas de miles de demonios. Y a ti no se te

ocurrió más que tragártelo. Así, al hallarse en tu vientre pudo atormentarte. Por eso no osábamos combatirlo. Naturalmente no pensamos siquiera en acompañar al Monje Tang. Lo que importaba era salvarte la vida y lo hemos engañado, para que saliera de dentro de ti.

—Ten la bondad de explicarme por qué no quieres acompañar a su maestro, hermano—preguntó el viejo demonio.

—Sé cómo atrapar a ese mono—declaró el segundo jefe demonio—: sólo necesito que me des tres mil diablitos.

—¡Qué tres mil! ¡Todo el campamento si quieres!—dijo contento el viejo diablo—. ¡Que eso sea nuestro mérito común!

El segundo demonio eligió en seguida a tres mil demonietos, los sacó de la cueva y los formó en dos filas a ambos lados del camino real. Luego ordenó al abanderado que llevaba una bandera azul que fuese como mensajero a ver a Sun Wukong para desafiarlo.

—¡Eh, Sun Wukong!—gritaba el abanderado—. ¡Ven en seguida a combatir con nuestro segundo gran rey!

Zhu Bajie lo oyó y se echó a reír.

—Hermano—dijo—, hay refrán que dice: “A los suyos no se les engaña.” Y tú has venido aquí a calentarnos la cabeza con no sé qué historias. ¿Por qué has mentado diciendo que habías sometido a los diablos y que de un momento a otro iban a venir aquí con un palanquín para hacer cruzar a nuestro maestro las montañas? Ahora te desafían al combate.

Sun Wukong respondió muy sereno:

—Al viejo diablo lo sometí y no se atreverá más a habérselas conmigo: sólo de oír mi nombre, se le parte la cabeza. Seguramente es el segundo diablo el que me llama al combate. Debo decir que esos tres diablos son hermanos y se apoyan fielmente. Nosotros somos también tres hermanos, ¿pero tenemos acaso ese sentimien-

to? He sometido al viejo diablo y viene el segundo. No hay razón para que no pelees con él.

—¿Crees que lo temo?—replicó Bajie—. ¡Ahora verás cómo voy a vencerlo!

—¡Ya que lo dices, hazlo!— le estimuló Sun Wukong.

—¡Pues claro que iré!—dijo con risa fanfarrona Bajie—. Sólo te pido, hermano, que me prestes tu cuerda mágica.

—¿Para qué la quieres? Tú no sabes penetrar en el vientre y atar la cuerda al corazón.

—Me ataré con ella—respondió Bajie—, y será mi cuerda de salvación. El Monje Sha y tú la sujetaréis por el otro extremo y la iréis desenrollando. Si veis que triunfo, la soltaréis y yo me apoderaré del diablo. Si soy derrotado, tiraréis de mí para que el diablo no me lleve.

Sun Wukong se rió y mientras le ataba la cuerda antes de que fuera al combate, dijo para sus adentros: “Me voy a divertir con él”.

Agitando su rastrillo, el Bobo corrió hacia el barranco y gritó:

—¡Eh, diablo, sal! ¡El propio Zhu Bajie, antepasado de toda tu estirpe, va a tu encuentro!

El abanderado de la bandera azul se apresuró a informar a su soberano:

—¡Oh, gran rey! Aquí viene un monje de largo hocico y enormes orejas.

El segundo demonio salió presuroso, y al ver a Zhu Bajie, sin perder el tiempo en palabrear, se fue hacia él empuñando la lanza. El Bobo aprestó su rastrillo y fue a su encuentro. Se reunieron junto a la falda de la montaña, y apenas hubieron cruzado las armas unas siete u ocho veces, Zhu Bajie sintió que se le aflojaban los brazos y no podría hacer frente a su adversario. Se volvió rápidamente y gritó:

—¡Hermanos, esto va mal! ¡Tirad de mí! ¡Tirad!

Pero Sun Wukong, aunque lo había oído, aflojó la

cuerda y hasta tiró el cabo.

El Bobo se dio por vencido y salió a escape. No se dio cuenta de que la cuerda iba a rastras detrás de él, se enredó en ella y se cayó. Intentó levantarse, mas volvió a caer y esa vez dio de hocicos en el suelo. El diablo lo alcanzó, alargó su trompa, la enroscó alrededor del cuerpo de Zhu Bajie como si fuera un dragón, y volvió victorioso, con el desgraciado, a su cueva. Los demonios, jubilosos, cantaron una canción de victoria en el camino de regreso.

El Monje Tang, que se hallaba al pie de la montaña, observó el combate y se enojó mucho con Sun Wukong.

—Ahora comprendo—dijo—por qué Wuneng deseaba tu muerte. Entre vosotros no hay amor fraternal, sólo envidia y rencor. Te ha llamado, te ha pedido que tirases de la cuerda y tú no sólo no lo has hecho, sino que has soltado el cabo. Ahora se ve en un grave aprieto, ¿y qué se puede hacer?

—Maestro—respondió Sun Wukong con una sonrisa—, ocultáis sus debilidades y mostráis favoritismo. Cuando se apoderaron de mí no os preocupasteis. ¿Por qué?, porque soy un acólito dispuesto a sacrificar la vida. Y ahora que ese Bobo se ha dejado hacer prisionero me echáis la culpa a mí. ¡Que sufra un poco, por lo menos sabrá lo que cuesta conseguir las escrituras búdicas!

—¡Discípulo mío!—dijo Sanzang—. ¿Crees que no me preocupé por ti cuando fuiste a combatir con el diablo? Pero estaba seguro de que no te sucedería nada pues sabes transformarte en otras cosas. En cambio el Bobo es torpe y no conoce las transformaciones como tú, por eso se puede asegurar por anticipado que le ocurrirá una desgracia. Te ruego que lo salves.

—No os quejéis—respondió Sun Wukong—; ahora mismo voy a ir en su socorro.

Y apenas decirlo, subió velozmente a la montaña. “Ese Bobo deseaba mi muerte,” pensaba con rencor Sun

Wukong. “¡Que lo pague ahora! Ante todo hay que saber qué han hecho con él los diablos. Que lo atormenten un poco ahí y luego lo libertaré”.

Después de pronunciar un conjuro chasqueando los dedos, Sun Wukong se convirtió en un insecto diminuto y echó a volar. Luego se enganchó a la oreja de Zhu Bajie y de ese modo se halló junto al diablo en la cueva. Al frente de tres mil diablejos, el segundo jefe se acercó a la entrada de la cueva, ordenó hacer alto y él entró dentro con su prisionero.

—¡Ved, hermanos! ¡He apresado a uno!—dijo triunfante.

—¡A ver! ¿A quién has apresado?—preguntó el diablo viejo.

El segundo jefe soltó a Zhu Bajie y lo tiró al suelo.

—¿A él? Ese canalla no sirve para nada—declaró el demonio viejo.

Zhu Bajie se alegró al oírlo.

—Gran rey—dijo—, ya que no sirvo para nada, suéltame y captura al que te haga falta.

En eso intervino el tercer jefe demonio:

—No importa, que se quede, al fin y al cabo es uno de los discípulos del Monje Tang, Zhu Bajie. Por ahora lo ataremos y lo meteremos en el estanque del patio trasero, que se remoje. Cuando se le ablanden las cerdas, le abriremos el vientre, lo vaciaremos, salaremos y secaremos su carne y en el mal tiempo la comeremos para acompañar el vino.

Zhu Bajie se asustó mucho.

—¡Caramba!—exclamó alarmado—. ¡He ido a dar con diablos que comercian con cecina!

Un tropel de demonios se arrojó sobre el Bobo. Lo ataron de pies y manos, lo colgaron de una pértiga, se lo llevaron al estanque y lo tiraron al agua. Luego volvieron.

El Gran Sabio tuvo tiempo de salir volando y vio

desde arriba cómo el Bobo, patas arriba, removía el hocico y estaba medio hundido, medio a flote, dando resoplidos. Era imposible verlo sin reírse. Parecía una inmensa corona de loto, renegrida, como suele estarlo a comienzos del otoño, quemada por la escarcha y habiendo perdido ya las semillas, caídas de su caja. Al ver a Zhu Bajie, el Gran Sabio sentía al mismo tiempo odio y compasión.

“¿Qué hacer?” pensaba. “Zhu Bajie es también uno de los participantes en el Servicio de Longhua. Pero es imperdonable que cada vez que nos hallamos en un mal paso empiece a repartir los bártulos para marcharse adonde se la antoje. Además, siempre incita al maestro a leer el conjuro para que el cerco me apriete la cabeza. Hace unos días oí decir al Monje Sha que estaba ahorrando en secreto dinero. ¿Cómo saber si eso es verdad o no? Voy a asustarlo y lo sabré todo”.

¡Magnífico Gran Sabio! Voló hacia la oreja de Zhu Bajie y, cambiando la voz, lo llamó:

—¡Zhu Wuneng!

Zhu Bajie quedó estupefacto. “¡Maldita sea! ¿Quién puede saber aquí que yo me llamo también Zhu Wuneng?” se preguntó. “Ese nombre me lo dio la bodhisattva Guanyin. Mas desde que marché con el Monje Tang, me empezaron a llamar Bajie”. La curiosidad le impulsó a preguntar:

—¿Quién me ha llamado por mi nombre monástico?

—¡Yo!—contestó Sun Wukong.

—¿Y quién eres tú?

—Soy un alguacil—respondió Sun Wukong con voz siniestra.

El Bobo se asustó.

—Señor jefe, ¿de parte de quién venís?—balbuceó.

—Me envía a buscarte el Quinto Soberano del Infierno—respondió Sun Wukong.

—¡Señor jefe!—suplicó el Bobo—. Regresad e infor-